

- » Home
- » Columnas
- » Colaboraciones
- » Entrevistas
- » Salud Pública y Psicoanálisis
- » Psicoanálisis <> Ley
- » Introducción al Psicoanálisis
- » **Género y Psicoanálisis**
- » Arte y Psicoanálisis
- » Educación
- » Literatura
- » Cine y Psicoanálisis
- » Psicoanálisis y Ciencias
- » Psicoanálisis<>Filosofía
- » Lecturas
- » Historia Viva
- » Subjetividad y Medios
- » Hospitales
- » Fenómenos Psicosomáticos
- » Audio y Vídeo
- » Coleccionables
- » Agenda de Eventos
- » Noticias
- » I Congreso elSigma

» Género y Psicoanálisis

## Ser varón en tiempos Feministas. Permanencias y procesos de cambio

08/04/2022- Por **María Gabriela Córdoba** - Realizar Consulta

Me gusta 19

Tweel Compartir 1

Imprimir Tamaño texto:



Lo social se encuentra actualmente en un proceso de reestructuración global marcado por el género, donde las conductas estereotipadas acerca de los géneros y los modos de relación están sufriendo cambios, de la mano de los movimientos feministas y de la diversidad sexual. Con este marco de "tiempos feministas", las mujeres están redefiniendo su identidad, con una búsqueda enfocada en la igualdad y en la paridad, proceso que alteró, en el mismo acto, los emblemas viriles tradicionales de fuerza, dominio y control, que enfatizan la diferencia y la superioridad de los hombres sobre las mujeres. Ello ha tenido efectos en el sentimiento de sí de los varones, que ha dado lugar a que se posicionen en conflicto frente a los cambios sociales, vinculares y subjetivos de las mujeres, o que los nieguen, mientras que otros descargan lo no ligado vía proyección en el mundo externo mediante la acción, y algunos, que comiencen a pensar en un cambio personal.



"Posibilidad e incertidumbre". Óleo de Adam Lupton\*

### Introducción

Lo social se encuentra en un proceso de reestructuración global marcada por el género. La tradición, que siempre ha brindado certezas –en tanto inscribe los sucesos sociales en "el orden natural de las cosas" (Portantiero, 1985:14)– coexiste en sus rígidos intentos de sostener lo conocido, con la insistencia de nuevas ideas que aspiran a democratizar las relaciones en igualdad.

Así, en los tiempos actuales, las conductas estereotipadas acerca de los géneros y los modos de relación están sufriendo cambios, de la mano de los movimientos feministas y de la diversidad sexual, que aspiran a que cada ser humano sea lo que quiera ser y viva como quiera vivir, más allá de su sexo/género y su orientación sexual.

Con este marco de "tiempos feministas"<sup>[1]</sup>, las mujeres están redefiniendo su identidad, con una búsqueda enfocada en la igualdad y en la paridad, proceso que alteró, en el mismo acto, los emblemas viriles tradicionales de fuerza, dominio y control, que enfatizan la diferencia y la superioridad de los hombres sobre las mujeres.

Aunque la fortaleza física ya no les es necesaria a los varones para la economía ni para la defensa, –lo que desplazó su sentido hacia el capital intelectual y económico, los nuevos emblemas del mundo globalizado–, ello no significa que los estereotipos de lo esperado para ser viril hayan desaparecido del registro imaginario.

Las viejas generaciones siguen defendiendo la omnipotente universalidad de lo masculino porque no han podido tomar distancia de esos mandatos. Los varones más jóvenes captan algo más de los enunciados feministas, pero ello no implica que sean menos violentos y que estén menos reticentes a los cambios.

### Ser varón en tiempos feministas

Recibí los newsletters de elSigma

[enviar](#)

Primer sitio psicoanalítico declarado de interés por la Honorable Cámara de Diputados de la Nación

### Actividades Destacadas

#### Centro Dos

Formación clínica en Psicoanálisis - Ingreso 2022 - Charlas Informativas en Abril  
Matrícula bonificada en un 100%

[Leer más](#) [Realizar consulta](#)

« »

Agenda de Eventos

Clasificados

Guia de profesionales

#### Del mismo autor

No hay más artículos de este autor

#### Búsquedas relacionadas

- » masculinidades
- » tiempos feministas
- » cambio
- » permanencia





El "ser varón", lejos de ser una esencia, es producto de una construcción histórico-social que lleva al que nace con sexo masculino a ajustarse e identificarse con parámetros que la normativa genérica adjudica a la masculinidad, que circulan socialmente y que constituyen la materia prima para conformar la subjetividad.

Desde la infancia se estimulan en niños prácticas que se piensan adecuadas, a la vez que se impiden o se dificultan la manifestación de emociones y de comportamientos considerados inadecuados para el desempeño del rol genérico, en función de las ideas construidas socialmente a partir de la diferencia sexual macho/hembra. Los varones están obligados socialmente a demostrar que son "machos", y por ello exhiben su fuerza y superioridad, para que quede bien claro que no son bebés, mujeres ni homosexuales (Badinter, 1993), lo que los conduce a "limpiar" de sí todo aquello que se asocie a la pasividad, la dependencia y la femineidad.

Por lo tanto, las ideas que socialmente circulan sobre la masculinidad imponen a los varones estereotipos y expectativas viriles con gran peso en la construcción de la identidad de género del varón, que actúan como una especie de molde, y que son traducidos por los varones en actitudes, conocimientos y prácticas en relación con el ejercicio de la sexualidad heterosexual, la paternidad y los vínculos de pareja desde sus especificidades de género, que los colocan mayoritariamente en una posición de dominación.

¿Pero qué sucede frente a las nuevas dinámicas sociales propiciadas por el Feminismo? Estas han producido un efecto de desestabilización sobre la masculinidad, lo que pone en tensión los arreglos sociales tradicionales de años frente al pedido dirigido a los varones de que asimilen la igualdad con las mujeres.

El sentimiento de sí evoca permanencia, continuidad, cohesión. Generalmente existe una cierta movilidad por la cual el sujeto tolera modificaciones en sus referencias identificatorias, pero, en el caso de que estas modificaciones se acentúen, se genera en el sujeto una sensación de inquietante extrañeza. Y los tiempos feministas han tenido efectos en el sentimiento de sí de los varones, que ha dado lugar a que se posicionen en conflicto frente a los cambios sociales, vinculares y subjetivos de las mujeres, o que los nieguen, mientras que otros descargan lo no ligado vía proyección en el mundo externo mediante la acción, y algunos, que comiencen a pensar en un cambio personal.

### Cambios y conflictos en los varones

Si los cambios sobre los que descansan las concepciones tradicionales de virilidad se desmoronan, nos encontraremos con reacciones defensivas asociadas a tendencias que pretenden preservar una identidad vivenciada como inalterable, aunque eso implique negar la incertidumbre del mundo externo actual en constante cambio. Y en este grupo aparecen varones que se atrincheran en un tradicionalismo viril y continúan con un desempeño de rol con características conservadoras, reproduciendo los mandatos tradicionales del ser hombre.

¿Y esto por qué sucede? porque intentan evitar el vacío definicional que implicaría alejarse de la posición conocida de supremacía. En el sentimiento íntimo de masculinidad de estos varones se produce un desajuste que he denominado **impotencia vital**, y que activa un desplazamiento significante: frente a la sensación de impotencia, el varón activa la prepotencia, como modo de conectarse con la potencia en cualquier situación que haga peligrar la posibilidad del ejercicio viril tal como se lo enseñaron.

Son varones muy preocupados porque las mujeres, impulsadas por el feminismo, se atreven a cambiar los arreglos tradicionales, e interpretan cualquier avance de ellas en materia de derechos o logros sociales como un intento de dominación femenina y una posibilidad de derrota masculina, que los dejaría como subordinados, pues sólo reconocen dos posiciones posibles: "o yo mando, o me mandan".

Estos varones que adhieren a una masculinidad de tipo defensiva no revisan sus conductas, se oponen y/o no asumen los cambios que se les piden al interior de los vínculos, proclaman sus certezas y defienden los estereotipos. Por ello es que perciben en los movimientos de las mujeres sólo una dimensión castradora y peligrosa para el hombre. Un entrevistado sostiene, al respecto, que "hoy todo está contaminado por las feminazis, que quieren hombres sin pelotas". Esto testimonia sus heridas narcisistas y su necesidad de encontrar chivos expiatorios frente a la impotencia que lo embarga.

Hay otros varones que deciden tomar para sí y enunciar los discursos más feministas adhiriendo a ellos, pero, en realidad, lo que hacen es intentar "aggiornar" los elementos estereotipados y tradicionales de los que es "ser hombre" en su cotidianeidad. Esto deja en evidencia contradicciones entre el discurso manifiesto y lo que hacen.

Se trata de **varones supuestamente deconstruidos**, que son aquellos que se adaptan parcialmente a la equidad que les demandan las mujeres, pero no por creencia o deseo propio, sino como manera de evitar un conflicto mayor con ellas. Así, por ejemplo, son "los que ayudan" en las tareas de la casa, "ayuda" que, cuando aparece, sólo es eventual y está sujeta a las ganas del varón en cuestión. O sea, la supuesta deconstrucción es cosmética, pues no se corren de su lugar de privilegio en las actividades cotidianas, y siguen, de modo latente, con expectativas de servicio por parte de las mujeres.

En muchas ocasiones, aparecen algunos cuestionamientos de los emblemas de la masculinidad hegemónica, pero no sobre sí mismos, sino como problemas de otros varones, que no les atañen personalmente.

Aquí se suman dos cuestiones: por un lado, los varones temen transgredir el modelo hegemónico de masculinidad, ya que la censura y la crítica de los pares varones es muy efectiva, lo que los lleva a reproducir las condiciones patriarcales que contribuyen a su statu quo preferencial, por más que no acuerden del todo con ellas. Y por otro lado, los varones temen ser descalificados por otros varones, temen confrontar y transgredir "lo que se debe", porque el costo podría ser la exclusión y la segregación. Por ello prefieren cumplir con las prácticas rituales de la masculinidad antes que ser expulsados del grupo por mostrarse diferentes.

Esto explicaría el hecho de que insistan en sostener prácticas machistas que no son ni equitativas ni acordes a los tiempos actuales, y que en muchas ocasiones ni siquiera están del todo de acuerdo con ellas, pero es tradicionalmente el modo que han encontrado para armar su identidad por diferenciación con lo femenino.

Estos dos grupos de varones repiten conductas, con diversos matices, por oposición o transformación en lo contrario: un hombre será peleador por temor a parecer tierno y pasivo; odiará a los homosexuales por temor a desear a otro hombre; maltratará a las mujeres para distanciarse de ellas y conservar la masculinidad, porque sienten que no les queda otra alternativa que adaptarse al ideal viril.

Esto produce un machismo que no sólo amputa de la personalidad masculina todos aquellos elementos que se asocian con la femineidad, sino que genera efectos graves en los varones: angustia que degrada el cuerpo como enfermedades, dificultades y desconexiones afectivas, miedo al fracaso y comportamientos compensatorios potencialmente peligrosos y destructivos –para sí y para otros–, como es el caso de la ira y la violencia.

Cuando los hombres sienten su masculinidad cuestionada, apelan a la *violencia* como mecanismo para restablecer las relaciones de género, como una especie de llamada al orden a las mujeres para que no se aparten del rol social y tradicionalmente esperado para ellas. Y como han sido socializados cosificando a la mujer, la sexualidad se convierte en un campo de ejercicio de poder y de afirmación de una masculinidad basada en la potencia.

Esta actitud, además de promover relaciones sexuales poco placenteras en muchas parejas, contribuye a la problemática del abuso, del hostigamiento sexual y de la violación. A ello se suma la negativa de los varones respecto del uso del preservativo, y se olvidan de que evitar los embarazos no es únicamente una cuestión femenina. En lo doméstico se involucran de manera eventual, y en los cuidados infantiles, muchos varones siguen llamando a la madre de estos niños para preguntar qué les gusta a cada uno, porque no lo memorizan, apelan a ella, usufructuando de sus servicios y contribuyendo a su carga mental.

La masculinidad hegemónica afecta también profundamente las *relaciones entre hombres* en todas las edades y sectores, porque en la familia, en el trabajo, en la escuela y en otras redes sociales, los vínculos entre varones transcurren mediados por la burla, la presión y la violencia.

La competencia y la confrontación se consideran recursos válidos para resolver conflictos desde el modelo hegemónico de masculinidad, lo que da lugar a enfrentamientos apelando a una "causa", tales como la defensa del territorio, el club de fútbol, o de algunas ideas, entre otras. El poder masculino está institucionalizado y no duda en apelar a la violencia cuando es necesario.

Pero, también hay *costos para los varones mismos*, que no son nombrados ni reconocidos como tales, y son en los que me quiero detener. El principal costo es la distancia y la desconexión afectiva a la que se someten, a fin de ser una "máquina que rinda en el trabajo", que los lleva no sólo a tener dificultades en las relaciones interpersonales, sino que complejiza el propio autocuidado.

Los obstáculos en el cuidado de sí de los varones tienen que ver con su socialización, pues se promueve en ellos ser fuertes, aguantar, valerse por sí mismos, no pedir ayuda y tener el control, lo que no sólo invisibiliza sus necesidades, sino que les supone un enorme esfuerzo y muchísima ansiedad. Así, un varón lleva a cabo conductas donde termina lastimado, al no medir los riesgos porque se cree invulnerable o porque quiere a toda costa ser validado por sus pares.

Autocuidarse es entendido como sinónimo de feminizarse, y en su afán de diferenciación, el varón no lo hace, asumiendo riesgos para su salud por la casi total ausencia de medidas preventivas, tanto médicas como las que tienen que ver con el estilo de vida. A los varones les han enseñado a vivir y a usar el cuerpo como una máquina: a encenderla, a presumir de ella, a correrla a toda velocidad, pero no les han enseñado a cuidarla y a detenerse cuando resulta necesario, los costos los vemos todos los días en las noticias sobre delitos violentos.

Si desde pequeños les han enseñado que ser hombre es ser diferente y superior a una mujer, el corolario en estos varones resulta ser que se siguen apoyando en los mandatos de que hay que desvalorizar y denigrar todo lo que se asocia con pasividad y femineidad para ser verdaderos hombres. Como aún no existen otros pilares identitarios con igual valía social que los reemplacen, estos hombres intentan continuar cumpliendo con los mandatos hegemónicos viriles sin crítica alguna, porque, de no hacerlo, consideran que se desmasculinizan.

Por suerte, existe un tercer grupo de hombres que se encuentran en un *proceso más conciente de cambio*, intentando privilegiar la igualdad de género, por lo que definen el ser varón en referencia a sus potencialidades y debilidades, lejos de las posiciones forjadas como exclusivas por la masculinidad tradicional. Se posicionan de un modo más crítico que el grupo anterior frente a los emblemas identitarios de la masculinidad tradicional, buscando redefinirlos de un modo más saludable, por su propio bien y por el bien de sus vínculos.

Consideran que este cuestionamiento a lo masculino no es una moda, sino un proceso continuo, que significa estar atento a las prácticas, a los modos de comunicación, a cómo afecta su posicionamiento a los otros, intentando ser concientes de sus privilegios sociales, y en mayor o menor grado, aspirando a la igualdad.

### **A modo de conclusión**

Los parámetros y la puesta en escena de lo masculino no deberían ser indiferentes al nuevo escenario social. Hoy los varones deben dar prueba de su capacidad para adaptarse, de su creatividad e innovación, inventando nuevas formas de ser, evitando posicionarse en un lugar donde sientan que su sentimiento íntimo de sí se deshace junto a la claudicación de los ideales genéricos masculinos de autosuficiencia, dominio, control y omnipotencia.

La masculinidad puede encontrar diversas formas de expresión que no necesariamente se corresponden con el estereotipo de macho que predomina. Estas masculinidades distintas, no hegemónicas, han estado siempre presentes. Muchas veces silenciadas, ocultadas, desvalorizadas y hasta rechazadas. Pero existen, y empiezan a tomar cuerpo y voz a partir de evaluarlo poco saludable para sí y para otros del estereotipo de género masculino dominante.

Por eso, debemos abrir el abanico de posibilidades y de expresiones viriles, pues muchas veces los varones deben actuar de acuerdo con este modelo impuesto, a un alto costo social y emocional. El desafío hoy es romper con los mandatos, dejar de educar machos y promover varones solidarios, cooperativos, en conexión con sus emociones, apostando a otras formas de vivir la masculinidad lejos del estereotipo y las violencias.

La idea es lograr que se sientan habilitados para expresar sentimientos, emociones y vulnerabilidades, para que podamos destronar los patriarcados que nos habitan en pos de aceptar la desigualdad que genera el machismo. Esto significaría ayudar a los varones a que, mediante una actitud conciente, escojan no participar de esta lógica.

Ser un hombre no hegemónico supone ser parte de una recomposición cultural que está en marcha. Significa evolucionar, distanciándose de los roles tradicionales hacia la asunción de mayores responsabilidades en el cuidado de las demás personas y de uno mismo, lo que los libera de los estigmas y tabúes que acompañan al posicionamiento viril hegemónico, favorece el crecimiento personal y mejora la calidad en los vínculos.

¿Cómo recomponer? Es importante que los varones puedan aprehender herramientas que les permitan manejar la frustración de otro modo que no sea con el despliegue de acciones violentas. Al interior del hogar, por ejemplo, sería bueno que se permitan negociar a partir de reglas conversadas con el resto de la familia, pues la autoridad no precisa ser impuesta de manera vertical, sino que se puede ser un referente adulto que ejerza desde la horizontalidad una lógica democrática, junto a la pareja –si es que se tiene–, que permita ordenar y organizar la familia, con una ética del cuidado. Así la tensión y fricción cotidianas se podrían tramitar sin apelar al dominio y al control (Córdoba e Ibarra Casals, 2020).

Asimismo, los varones deberían intentar realizar un “trabajo interior” para la expresión de su propia ternura, para permitir la demostración de cariño con sus hijos y sus parejas, pues aún están vigentes los parámetros que asocian la masculinidad con la ausencia de demostración afectiva, donde ser fuerte se traslada metonímicamente a un repliegue emocional que no permite dar cuenta de emociones y sentimientos.

Entonces, lo primero para lograr un cambio es que los varones, principalmente, se animen a atravesar estas emociones de dolor y de miedo. No es fácil, pero la conexión emocional es indispensable para poder relacionarse, primero en una íntima vinculación con uno mismo, y luego con otros.

Por último, el género es relacional: las transformaciones de lo masculino no constituyen un fenómeno marginal o secundario, sino que significan un movimiento de fondo estructural que está iniciándose, con sus tensiones, y con efectos en lo inmediato que es necesario identificar y anticipar. Recomposición hacia la autenticidad, lejos de posiciones rígidas forjadas, lo que tiene sus ventajas: favorece el crecimiento personal y mejora la calidad de las relaciones sociales.

## Bibliografía

- Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Madrid: Alianza editorial.
- Córdoba, M. G. (2020). *Ser varón en tiempos feministas. Entre el conflicto y el cambio*. Buenos Aires: Noveduc.
- Córdoba, M., & Ibarra Casals, D. (2020). “¿Varones construyendo espacios de Igualdad? Desafíos en contexto de confinamiento (COVID-19)”. *Revista Punto Género*, (13), pp. 50- 65.
- Meler, I. (2017). “Relaciones amorosas en el Occidente contemporáneo: encuentros y desencuentros entre los géneros”. En Meler, I (comp.) *Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Portantiero, J. (1985). *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

**Nota:** Los conceptos expuestos en este artículo han sido desarrollados en el libro “Ser varón en tiempos feministas. Entre el conflicto y el cambio” de Editorial Noveduc (Argentina, 2020).

**Arte\*:** el artista Adam Lupton –nacido en 1987 en Vancouver– explora la lucha interior que el hombre libra día con día con su propia confusión. Se vale de esta narrativa multidireccional para retratar todas las posibilidades que se nos presentan frente a una misma situación, retratando el miedo a decidir.  
<https://news.culturacolectiva.com/arte/adam-lupton-posibilidad-e-incertidumbre/>

[1] Como movimiento, el Feminismo busca la igualdad de derechos y de oportunidades para todas las personas sin distinción de raza, género, orientación sexual ni clase social.

